

A photograph of three men standing in a grassy field, engaged in conversation. In the background, several black and white cows are visible. The scene is outdoors with trees and a utility pole in the distance. A semi-transparent grey box is overlaid on the right side of the image, containing the title text.

APUNTES PARA UN ANÁLISIS DE LA **MASCULINIDAD** DESDE UNA PERSPECTIVA **RURAL**

SERGIO S. TABOADA

Apuntes para un análisis de la masculinidad desde una perspectiva rural
Sergio S. Taboada
Fundación Entretantos, 2026

Este documento es obra de su autor y ha contado para su elaboración con el apoyo de la Fundación Entretantos y la cofinanciación del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, pero no expresa la opinión del Ministerio ni de la Fundación.

AGRADECIMIENTOS

A Javi, que confió en mí en aquella tarde de verano, me hizo la propuesta y me proporcionó el apoyo y el acompañamiento que necesitaba para escribir este texto.

Gracias por ser la chispa y mantener viva la llama.

A los conversadores, que me ofrecieron su tiempo, su palabra y su pensamiento, abriéndose a compartir experiencias y reflexiones que habitualmente nos guardamos dentro.

Gracias por la generosidad.

A las amigas y compañeras, que me recuerdan siempre lo necesario que es encontrar otros modos de entender la masculinidad y que todo esto tiene sentido.

Gracias por el apoyo.

A quienes se tomaron la molestia de revisar el texto y comentarlo.

Gracias por los consejos.

A la Fundación Entretantos, que se atrevió a publicarlo.

Gracias por arroparme.

A la revista Soberanía Alimentaria Biodiversidad y Culturas, que me ofrece un ecosistema amoroso en el que habitar y desarrollarme.

Gracias por ser refugio, hogar y cobijo.

A mi madre, mi principal maestra.

Gracias por todo.

A quienes aman la tierra.

Gracias por cuidarla.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
LOS CONVERSADORES.....	7
LA ESCRITURA	9
MASCULINIDAD RURAL.....	11
¿POR DÓNDE EMPEZAR?	11
¿CÓMO PUEDE CONTRIBUIR LA PERSPECTIVA RURAL AL DEBATE SOBRE LA MASCULINIDAD?	12
LA MASCULINIDAD ES PATRIARCAL. ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS	13
LA AGROINDUSTRIA ES PATRIARCAL. ENTRANDO EN MATERIA.....	16
ANGUSTIA, MALESTAR Y SUFRIMIENTO: DISFRUTAR NO ES MASCULINO	20
CUIDADOS, SENSIBILIDAD Y AFECTO: DISFRUTAR ES MASCULINO	30

INTRODUCCIÓN

Mi saber no es académico. No tengo formación ni títulos que me acrediten como poseedor de un conocimiento científico especializado. Mis únicos recursos son la propia experiencia de vida, algunas lecturas y las conversaciones que he podido entablar al respecto. Lo que sí poseo (o me posee) es un gran interés por el asunto, una curiosidad acuciante por desentrañar la madeja. Porque, no cabe duda, la masculinidad abarca un campo suficientemente amplio e intrincado como para perderse en él con extraordinaria facilidad y, además, su análisis genera numerosas resistencias. A la masculinidad no le gusta ser escudriñada, domina el arte de la ocultación y de las sombras, evita verse desnuda frente al espejo. Pero más allá de la naturaleza esquiva de la masculinidad, mi sensación es que las aproximaciones que hacemos acostumbra a ser excesivamente teóricas y académicas, lo que apenas permite arañar su superficie y, en demasiadas ocasiones, me puede llegar a provocar pereza, escepticismo o incluso rechazo. En otras palabras, no acostumbro a encontrar pasión en el estudio de la masculinidad, extraño su dimensión más carnal, que me provoque deseo. Es como si el propio objeto de estudio lograra contaminar con su característica frialdad a quien se aproxime a observarlo, creando a su alrededor una atmósfera de laboratorio repleta de probetas, microscopios y batas blancas. Lo que conlleva un alejamiento de la carne y de la tierra que de por sí somos.

Por estos motivos, sentí la necesidad de abordar la masculinidad desde una perspectiva rural. Porque es mi propia perspectiva, la del lugar que habito, y porque es un enfoque que acostumbra a quedar ausente cuando se trata este tema. Aunque reconozco que actualmente “lo rural” es para mí un concepto tan difuso que no merece la pena tratar de definirlo, considero que una mirada desde este lugar puede ayudar a encarnar y bajar a la tierra el debate actual sobre la masculinidad, enriquecerlo de algún modo. En cualquier caso, podríamos decir que este texto viene naciendo desde hace mucho tiempo, probablemente a raíz del auge de las movilizaciones feministas iniciado en el 8M de 2018 y tras su posterior impacto en el ámbito de la agroecología y de la soberanía alimentaria, que es donde yo me muevo. Pero sobre todo, al sentirme directamente interpelado por algunas compañeras feministas, cuando demandaban una mayor implicación por nuestra parte. A partir de ese momento inicia un camino sembrado de preguntas sin respuesta, guiado por la idea de que es más adecuado tratar de introducir el feminismo en los espacios masculinos que promover la participación masculina en los espacios feministas. Por alguna razón que aún desconozco, sin pretenderlo ni consi-

derarlo demasiado, terminé activando un proceso interno que me conduciría, a lo largo de un camino largo y sinuoso, hasta estos apuntes en los que finalmente desemboca, pero no para desaparecer y morir definitivamente, sino para encontrarse con el océano abierto de quienes se animen a leer estas líneas.

Este texto es, por lo tanto, el resultado de un proceso personal cuyo origen no puedo determinar con certeza, pero que va sumando elementos con el paso del tiempo. No es un estudio ni una investigación (en el sentido más académico y ortodoxo del término), porque no obedece a metodologías validadas por ninguna disciplina científica. Es simplemente la tentativa de desarrollar mi propio análisis invitando a otras personas a participar en esa misma conversación que ya venía manteniendo de forma esporádica y desarticulada con algunos compañeros.

LOS CONVERSADORES

Al principio no tenía muy claro a quién le podría hacer una propuesta de estas características. Simplemente quería invitar a hombres que realizaran algún tipo de actividad agraria y que mostraran disposición e interés por conversar sobre la masculinidad rural. No me interesaba consultar a expertos en la materia, que ya poseen un discurso estructurado, ni a quienes rechazan abiertamente todo lo que pueda estar relacionado con el feminismo, aunque cualquiera de los dos perfiles pueda ser interesante. Buscaba hombres rurales dispuestos a hablar del tema, pero que tuvieran ese vínculo con la tierra que sólo se desarrolla al elegir la actividad agraria como forma y medio de vida. A partir de ahí fui contactando con ellos. Los que accedieron, conversaron conmigo de uno en uno, en sesiones de videollamada de una hora y media que fueron grabadas y transcritas para alimentar posteriormente este documento. Ofreciendo un compromiso de confidencialidad para facilitar que se expresaran en confianza y sin temor a ser expuestos al juicio de la opinión pública.

El resultado es una conversación encadenada, en la que planteo algunas cuestiones para que cada conversador me ofrezca su propio punto de vista, haciendo sus contribuciones a un diálogo en evolución constante. La intención no era hacer entrevistas metódicas para extraer sus opiniones y procesarlas con métodos cuantitativos, ni hacer un análisis comparativo de sus discursos y perfiles, sino pensar en compañía. Por este motivo, a lo largo del texto hago reiteradas menciones a sus contribuciones, pero intento evitar o reducir al mínimo los entrecomillados y las citas literales. Esta forma de trabajar tal vez no nos permita encontrar respuestas definitivas, pero, en el pensar dialogado, a lo mejor encontramos otras preguntas más atinadas que nos ayudan a continuar indagando. En cualquier caso, los aciertos se los debo a ellos, los errores son todos míos.

Desde el principio, temía que si me restringía a los contactos más cercanos (es decir, agroecológicos), corría el riesgo de quedar encerrado en una conversación demasiado plana y monótona, aunque también descubrí que hacer esta propuesta a un absoluto desconocido tiene sus dificultades. Al final pude contar con cuatro conversadores cuya diversidad limitada tampoco pretende ser una muestra representativa de nada. Las conversaciones tuvieron lugar durante la primavera de 2025, y entre los conversadores contaba con personas que habitan en las ruralidades del noroeste de la Península Ibérica (Galicia, Castilla y León y Extremadura): dos ganaderos, uno en extensivo (vacuno) y otro en intensivo (porcino); un permacultor de policultivos diversificados; y otro

que tuvo una granja de pollos por un tiempo. Algunos más veteranos que otros, pero ninguno demasiado joven; algunos más convencionales, otros menos normativos... Todos tenían mucho que decir.

LA ESCRITURA

El texto, en todo caso, no pretende reflejar en ningún momento la opinión de los conversadores, que incluso puede llegar a ser muy contraria a lo que aquí expreso. Únicamente recoge las reflexiones que hice tras escuchar lo que me dijeron. Además, sus contribuciones se suman a un sinfín de elementos que también intervienen y me afectan a lo largo del proceso, como: los feminicidios y el impacto mediático de la violencia de género; los debates que provoca cada caso; la expansión criminal del odio; la industria de la guerra y de la muerte; el maltrato a la tierra y a los pueblos que hace de este mundo un lugar cada vez más inhabitable y hostil para toda forma de vida; la extrema crueldad de las agresiones y el acoso, que arrasan con la juventud y con la infancia; las desapariciones forzadas, los suicidios... Pero también: los encuentros con el grupo de hombres; las manchas de mi propia biografía; las vergüenzas inconfesables; la culpabilidad; los traumas familiares; el daño que nos hacemos en la convivencia; las alegrías y sinsabores de los cuidados y de los afectos...

Todo ello entretrejado en este cuerpo que escribe mientras se angustia y desea. Saber situado, pues, si así se entiende mejor. O sentipensante, para quien guste de cosmovisiones otras. Tanto da cómo lo denominemos, no hay texto posible sin una vivencia humana que lo encarne, aunque en realidad no pretendo profundizar en esto, sino que trato de señalar que se me hace imposible separar lo emocional de lo racional, la teoría de la práctica, lo autobiográfico de lo colectivo, y que todo eso está siempre presente aunque no se muestre de un modo explícito.

Siendo honestos, ya que menciono el saber situado, no quisiera que nadie se lleve a engaño. Yo no trabajo en el sector agrario, aunque lo hice durante una breve etapa de mi vida. Actualmente tengo otro tipo de vínculos con el mundo agrario que me sitúan completamente fuera de este espacio, y es desde ese afuera desde donde lo observo y establezco un diálogo con quienes se encuentran dentro. En ningún momento pretendo representar ni suplantar la voz de los hombres agrarios, sino más bien ofrecerles una escucha atenta, amorosa y compasiva en la medida de lo posible, sin renunciar por ello a expresar mis propias opiniones y sin tratar de ocultar mis posicionamientos, porque ser compasivo no significa ser complaciente. Por último, si todo esto tiene algún sentido, pienso que no es porque al sector agrario le falte voz, sino porque no encuentra demasiados interlocutores interesados en escuchar sus problemas, ni mucho menos en entenderlos y atenderlos, o en apoyar sus propuestas y reivindicaciones. Yo aspiro a ser uno de ellos.

MASCULINIDAD RURAL

¿POR DÓNDE EMPEZAR?

Leo, pregunto, escudriño, rastreo. No encuentro prácticamente nada. Ningún trabajo previo sobre la masculinidad rural que me proporcione un punto de partida para seguir tirando del hilo. Al menos en lo que se refiere a nuestro ámbito geográfico. Tratar un asunto que no ha sido nunca tratado tiene sus ventajas y sus dificultades. Cuando está todo por hacer, todo lo que se haga puede ser útil y necesario, siempre que no incurramos en torpezas o negligencias demasiado escandalosas (glups!). Pero también resulta muy fácil perderse, como cuando deseamos explorar una ciudad desconocida sin contar con ningún tipo de mapa ni de señales que orienten nuestros pasos. No se hace fácil hablar de la masculinidad desde la masculinidad misma, porque exige perder el temor a equivocarse. Me asaltan dudas terribles sobre la capacidad de hacer algo a la altura de mis propias expectativas y es que, tal vez, ese sea el primer obstáculo con el que me encuentro: el miedo a hacer el ridículo descubriendo el tamaño de mi ignorancia. La peor pesadilla de la masculinidad es justamente el fracaso, porque es una constatación incómoda de todo lo que no sabemos y de todo lo que no podemos. Evidentemente, ni sabré ni podré deshacerme por completo de mi ansia por controlar los resultados y alcanzar la perfección, así que no me queda más remedio que confiar en mí mismo a pesar de todas mis inseguridades y atreverme a fallar teniendo en cuenta que, el fin último de esta conversación no consiste en resolver todo lo que a mí me preocupa o aflige personalmente, sino en abrir la puerta y atravesar el umbral para empezar a ocupar un vacío colectivo que nadie puede llenar por sí solo.

¿CÓMO PUEDE CONTRIBUIR LA PERSPECTIVA RURAL AL DEBATE SOBRE LA MASCULINIDAD?

El lugar que trato de explorar se encuentra en el cruce entre la masculinidad y la ruralidad. Es decir, en la relación que se establece entre estas dos esferas y el modo en que se afectan mutuamente. Sabemos que el mundo rural y el sector agrario están cada vez más deshabitados, envejecidos y masculinizados; que por múltiples razones tiende a aumentar la precariedad de las condiciones de vida en el campo; y que la sensación de vulnerabilidad que esta situación provoca está dando lugar a una reacción social masculina que reivindica de un modo cada vez más explícito y agresivo los valores patriarcales. Desde un enfoque ecofeminista, podemos apreciar cómo las lógicas agroindustriales y capitalistas, basadas en la productividad, la competitividad y el extractivismo, se retroalimentan con las lógicas patriarcales basadas en la dominación, el control y el sometimiento. Sin embargo, aunque este enfoque permite desvelar los impactos negativos que tiene en la vida de las mujeres rurales o en los ecosistemas, poco se puede decir todavía sobre su efecto en los hombres. De hecho, en el rural ni siquiera contamos con espacios masculinos en los que esta conversación pueda darse, ni mucho menos en los que se pueda articular una reflexión colectiva que permita politizar esta experiencia o elaborar una propuesta de cambio desde la propia masculinidad. Lo cual, desde mi punto de vista, impide o ralentiza la posibilidad misma de que se produzca ese cambio, puesto que si no se conoce otra posibilidad, la politización del malestar masculino en el campo se decanta sin remedio hacia posiciones cada vez más patriarcales y reaccionarias, cuando en realidad podría canalizarse hacia posiciones mucho más liberadoras y saludables.

Alguien debería tratar de ponerle el cascabel a este gato.

LA MASCULINIDAD ES PATRIARCAL. ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS

*¿Tienen los varones a la violencia o a la simulación del
talante violento porque eso es lo único que es “casi”
inequívocamente masculino?*

Josep -Vicent Marqués _ Testamento Sevillano

Antes que nada, debo decir que aunque en un principio pensaba las masculinidades en plural, acabé llegando a la conclusión de que, en este tiempo y en este lugar concreto desde el que escribo, sólo existe una masculinidad. Es decir, que en nuestra cultura actual no se concibe ni se reconoce otra forma de masculinidad que no sea patriarcal y que cualquier otra posibilidad es considerada una desviación de la norma, una aberración, un desajuste, una imperfección, un error o un fracaso. Por otro lado, una de las principales características de esta forma patriarcal y única de masculinidad, consiste en obedecer a un orden social jerárquico que emplea métodos violentos en el ejercicio del poder. Imponerse por la fuerza es parte intrínseca de su naturaleza. Pero esto no significa que los hombres seamos seres intrínsecamente violentos, porque aunque la masculinidad patriarcal tiene una innegable capacidad de influencia determinando las condiciones en las que se establecen nuestras relaciones (con nosotros mismos y con el mundo), no por ello define lo que somos. Decir lo contrario sería afirmar que estamos predestinados a desarrollar un comportamiento violento porque tenemos algo así como una inclinación innata de la que no podemos desprendernos. Pienso, por lo tanto, que los enfoques biologicistas, esencialistas o reduccionistas nos condenan de antemano y ni siquiera nos permiten imaginar la posibilidad de un cambio. Además, son una perfecta justificación del machismo, ya que mientras lo consideremos un comportamiento inevitable o un automatismo superior a nuestras fuerzas, no será necesario que nos hagamos responsables de sus consecuencias e impactos. Por lo tanto, mientras considero que la masculinidad es solo una, en tanto que patrón de comportamiento establecido como norma social de un tiempo y un lugar determinados, entiendo que los hombres somos infinitamente diversos y poseemos, al menos, un cierto margen para decidir si deseamos obedecer o cuestionar esa norma. Aunque, como es bien sabido, navegar a contracorriente siempre resulta más costoso. En todo caso, un hombre es algo más que su masculinidad, o debería poder serlo, porque de lo contrario su vida se empobrecería hasta tal punto que acabaría por deshumanizarse, como lamentablemente sucede en demasiadas

ocasiones. Confundir a los hombres con la masculinidad es precisamente lo que hace el patriarcado para convencernos de que debemos defender sus intereses como si fueran los nuestros. Por eso, decir que los hombres no somos intrínsecamente violentos tampoco significa que las violencias machistas sean ejercidas por seres excepcionalmente monstruosos y anormales, sino que esta es una conducta inducida activamente por el sistema y naturalizada por la costumbre social, que solo nos conmociona cuando asistimos a sus expresiones más extremas y crueles, pero nos pasa desapercibida la mayor parte del tiempo.

La diversidad de la masculinidad se halla, entonces, en las infinitas formas en las que nos adaptamos o resistimos a esa única forma posible de concebirla que establece el patriarcado. Razón por la que no parece posible hablar de masculinidades en plural, como sucede con los feminismos, ya que no existe una verdadera diversidad de formas prácticas y colectivas de masculinidad que ofrezcan una alternativa emancipadora al modelo patriarcal, sino más bien una pluralidad de formas individuales de relacionarse con ese único modelo que, de cualquier modo, persiste en nuestro imaginario. Obviamente, el opuesto lógico a la masculinidad sería la feminidad, para la que el patriarcado vuelve a ofrecer un único modelo del que las mujeres feministas tratan de liberarse como pueden. En cambio, el universo masculino no cuenta con una palabra que permita expresar algo parecido a lo que significan los feminismos para las mujeres, lo que resulta problemático, porque nos obliga a recurrir a la idea de la masculinidad feminista, y esto trae aparejadas numerosas e irresolubles contradicciones. En cualquier caso, entiendo que, de alguna manera, la crítica feminista de la masculinidad patriarcal requiere de un correlato masculino para completar su tarea, un análisis desde el otro lado de la ecuación que no puede limitarse a la culpabilidad y al arrepentimiento de quien se descubre como la parte opresora y trata de solidarizarse con quienes sufren sus consecuencias, sino que debe ir más allá y encontrar sus propios motivos para desear el cambio. Porque este cambio nunca llegará a materializarse mientras los hombres lo interpretemos como una forma de tirar piedras contra nuestro propio tejado o como una lucha despiadada contra nosotros mismos. Un planteamiento como este no puede ser atractivo para nadie, además de que sería absurdo y ridículo, porque supondría aceptar y alimentar la idea corporativista de que cuestionar el patriarcado es traicionar a nuestro género.

Como decía, hay tanta diversidad de hombres como hombres hay en el mundo, aunque todos estemos condicionados por la misma masculinidad en algún grado. Lo que hace que no resulte interesante hablar de los hombres como un todo uniforme y homogéneo, ni enumerar sus características para

elaborar una definición universal y objetiva que nos englobe a todos por igual, ya que eso sería imposible. Pero en lo que no hay duda de ningún tipo es en las características fundamentales de la masculinidad que nos condiciona, que aunque ha podido experimentar algunos cambios superficiales o aparentes a lo largo del tiempo, se mantiene imperturbable en el núcleo de su esencia. Por eso tampoco me parece oportuno, ni útil, tratar de realizar una descripción analítica de los hombres rurales y de sus tipologías o hacer un examen comparativo de sus diferencias con los urbanos. Algo que, además de estéril, considero irrealizable, teniendo en cuenta que la cultura urbana ha logrado desplazar a las culturas rurales en sus propios territorios y que una parte importante de la población rural proviene de las ciudades o ha pasado algún periodo de su vida viviendo en ellas. Por el contrario, lo que tal vez podría ayudarnos es observar cómo se manifiesta esta masculinidad patriarcal en el mundo rural y los efectos que su influencia tiene sobre los hombres que lo habitamos.

Por último, cuando hablo de hombres rurales me refiero a los que se podrían considerar normativos, entendidos como hombres blancos y cisheterosexuales de nacionalidad española que trabajan en la agroindustria, que es el perfil que más y mejor se ajusta al modelo masculino definido por el patriarcado. Aunque parto de la base de que nadie logra representar plenamente este modelo arquetípico, lo que es casi como decir que los hombres puros no existen, o que cuanto más tratamos de precisar unos parámetros que nos definan, menos personas cabemos en ellos. Pero también parto de la premisa de que ninguna de las otras formas posibles de encarnar la masculinidad logra evitar del todo su influencia, por poco normativa que la consideremos. Hasta cierto punto, la generalización es inevitable para establecer un marco, pero eso no debe impedirnos entender que no es más que una referencia desde la que pensar luego cada caso.

LA AGROINDUSTRIA ES PATRIARCAL. ENTRANDO EN MATERIA.

En el contexto rural que pretendo abordar, lo normativo, además del patriarcado, es la agroindustria. Y aunque podemos identificar modelos alternativos como las disidencias sexuales y de género o la agroecología, es evidente que el margen con el que cuentan las prácticas contrahegemónicas para su despliegue y consolidación siempre es demasiado estrecho como para modificar sustancialmente la norma. En este sentido, aunque la producción agroindustrial y la masculinidad patriarcal sean cada vez más activamente cuestionadas, continúan definiendo las reglas del juego y estableciendo los límites de lo que se considera aceptable, deseable e incluso imaginable en nuestra sociedad, lo que conforma una atmósfera muy determinada que impregna todas las dimensiones de la vida en nuestros territorios. Dicho de otro modo, la normatividad patriarcal y la agroindustrial se entrelazan y retroalimentan configurando las pautas que aún rigen el comportamiento masculino en los pueblos, pese a toda la capacidad de incidencia social y política demostrada por los feminismos y, en mucha menor medida, por la agroecología.

Uno de los conversadores me proporciona un buen ejemplo cuando menciona el modo en que el capitalismo viene fomentando la deriva histórica de la actividad agraria hacia sus actuales formas empresariales. Según comentaba, en un curso al que asistió trataban de modificar la percepción que tenían los alumnos de sí mismos al indicarles que debían considerarse empresarios en lugar de campesinos. De este modo, tomando como referencia a figuras destacadas del mundo de los negocios como Amancio Ortega o Florentino Pérez, el discurso parecía convencerlos y el compañero observaba cómo "se les hinchaba el pecho" pensando en sí mismos en estos términos. Complementando esta idea, otro de los conversadores se refiere a la defensa a ultranza del individualismo al mencionar un dicho habitual de los pueblos que proclama: la mejor cooperativa es aquella en la que estoy yo solo. Posteriormente, expresa también su disconformidad con la filosofía que encarna la figura del autónomo, ya que la entiende como una apología de la autosuficiencia que se opone al espíritu colaborativo que él defiende.

Pero para poder entender el efecto que este tipo de ejemplos tienen sobre la masculinidad, es necesario tener en cuenta la multiplicidad de formas en

las que, a lo largo de nuestras conversaciones, se mencionan aspectos relacionados con la consolidación histórica de la división sexual del trabajo en el ámbito rural. Su presencia es permanente, como un leitmotiv o melodía de fondo que nos acompaña mientras hablamos, y abarca, desde la persistente feminización del trabajo reproductivo hasta la tradicional reclusión de la masculinidad en el rol proveedor. Aunque como la injusticia y la desigualdad que esto supone para las mujeres es una materia ampliamente abordada por los feminismos, yo trataré de hacer una aproximación desde la óptica de la experiencia masculina.

Es obvio que la legitimidad patriarcal que permite restringir nuestra actividad exclusivamente al ámbito productivo supone el enorme privilegio de no sentir ninguna obligación de ocuparnos de todo aquello que pueda estar relacionado con los cuidados. Esto significa ahorrarse una infinita serie de preocupaciones permanentes al delegar numerosas tareas agotadoras que no son remuneradas ni valoradas socialmente y contar con la garantía de que siempre serán atendidas, lo que hace que se perciba como un privilegio indiscutiblemente ventajoso, atractivo y deseable. Por otro lado, gozar del derecho a permanecer ajenos al trabajo reproductivo, supone obviar hasta el punto de desconocer las necesidades humanas más básicas, que nos hacen dependientes del apoyo, las atenciones y los cuidados de quienes nos rodean. Esto permite creer en la ficción de la autosuficiencia, pero además significa aceptar un confinamiento de la masculinidad que obliga a concentrar nuestras energías única y exclusivamente en la obtención de ingresos económicos. Aunque normalmente acostumbran a pasar desapercibidas, las consecuencias de asumir el rol proveedor como única función en la vida no son inocuas en absoluto, ya que puede llegar a apoderarse de nuestra identidad por completo, decretando el alcance de nuestra valía en función de nuestro poder adquisitivo.

A este respecto, no pretendo contraponer los privilegios de la masculinidad con sus costes, ni determinar si esto de ser “el que trae el pan a casa” es más una cosa que la otra, ya que puede tener las dos naturalezas simultáneamente y cualquier valoración dependerá de la persona, la situación y el momento concreto al que nos refiramos. En lugar de tratar de discernir si, en términos generales, esto nos convierte a los hombres en víctimas o en cómplices del patriarcado, propongo que nos preguntemos por el tipo de comportamientos que induce y favorece, por las consecuencias que tiene medir el propio valor en base a estos parámetros y por cómo afecta a la autoestima y a la percepción de uno mismo, al modo en que convivimos y nos relacionamos con las demás personas o a nuestra forma de conducirnos por el mundo y por la vida.

La división sexual del trabajo hace que, para la mayoría de los hombres, el trabajo de cuidados en el hogar sea un lugar totalmente desconocido, para el que no hay parámetros de comportamiento masculino establecidos que indiquen con claridad cuál es la manera correcta de hacer las cosas, ya que se da por supuesto que la manera más adecuada, eficaz y experimentada, es la femenina. Por lo tanto, atender estas tareas supone abandonar la propia identidad masculina, aunque sea momentáneamente, lo que provoca inseguridad por la pérdida de estatus. En el hogar, no es el hombre el que más sabe ni el que mejor hace las cosas, sino que debe consultar constantemente cada uno de sus movimientos y decisiones para no cometer errores, lo que se traduce en una inversión de la jerarquía que convierte a los hombres en aprendices de las mujeres. Obviamente, se hace difícil para toda la sociedad aceptar con naturalidad este cambio de roles aparentemente tan sencillo, porque no solo conlleva transgredir todas las leyes patriarcales, sino que supone moverse en la dirección más opuesta posible, desobedeciendo la jerarquía, aún cuando no suponga un intercambio entre géneros sino tan solo una distribución más equitativa. Sin embargo, no contamos aún con una estructura horizontal e igualitaria suficientemente sólida como para que cada persona pueda encontrar fácilmente su lugar en ella, con lo que construir esta otra estructura deviene una tarea colectiva tan extensa como profunda, compleja y conflictiva, ya que subvertir el orden establecido implica todo un proceso político de revisión, redefinición, negociación y redistribución de las identidades, los roles, las funciones y los valores que definen nuestro lugar en el mundo y nuestros modos de relación, convivencia y socialización en base al género, así como nuestras políticas económicas y nuestro sistema de producción y consumo. En este sentido, las alternativas que se proponen desde el ecofeminismo confluyen con la agroecología campesina en la reformulación de los sistemas alimentarios y del metabolismo social, con la intención última de provocar un cambio de paradigma (de rumbo y de sentido) que permita dejar de operar al servicio del patriarcado y de la agroindustria y pasar a hacerlo en favor del bien común y de los ecosistemas de los que dependen nuestras vidas.

Los ejemplos mencionados anteriormente nos remiten, en cambio, a valores tan propios del productivismo agrario capitalista como: el esfuerzo competitivo, la independencia o el éxito económico. Por lo tanto, indican una dirección clara hacia la que orientar nuestras expectativas vitales, nuestras aspiraciones y nuestras conductas. Sin embargo, cumplir disciplinadamente con las normas establecidas hasta el punto de identificarse plenamente con ellas no garantiza que se puedan satisfacer las expectativas, ya que siempre conllevan nuevas exigencias que terminan por hacer que este objetivo sea inalcanzable por definición. Cada uno de los compañeros lo ilustra a su manera, proble-

matizando la forma en que se expresa la masculinidad rural y su relación con el productivismo agrario cada vez que mencionan aspectos como: el trabajo duro, el embrutecimiento, la necesidad de relajarse sin pensar en nada, el desahogo, la impulsividad, la prepotencia, el mantenimiento del estatus, el miedo a perder la superioridad, lo que se dice y lo que se calla, lo que se esconde y lo que se presume, la necesidad de demostrar, de impresionar, de dominar... Mientras que la agroindustria exige esfuerzo y sacrificio resignado, el patriarcado exige resultados, pruebas que certifiquen el éxito logrado en este desempeño de las tareas masculinas, como: sostener económicamente a la familia, pagar y volver a contraer nuevas deudas en una espiral acumulativa infinita, o mantener el ritmo de la actividad agraria pese a cualquier contratiempo para no perder competitividad en el mercado y acabar arruinado al más mínimo descuido.

En definitiva, entre todos describimos un universo agroindustrial y patriarcal en el que la masculinidad no permite mostrar signos de debilidad ni agotamiento bajo ningún concepto, por muchas razones que se tengan para ello. Es decir, describimos una vida solitaria y agobiada, en permanente tensión, dedicada a ocultar gran parte de su experiencia cotidiana, a mantener en silencio cualquiera de las sensaciones desagradables que esta provoque y a proyectar, al mismo tiempo, esa imagen triunfal, impenetrable e infalible, que permite presumir de uno mismo mientras la procesión va por dentro. Lo que, a priori, no parece ser una forma de vida demasiado atractiva ni satisfactoria, pese a contar con una adhesión tan masiva.

ANGUSTIA, MALESTAR Y SUFRIMIENTO: DISFRUTAR NO ES MASCULINO

Visto lo visto, parece que “disfrutar” no es el verbo que mejor describe este universo masculino, “aguantar”, sin embargo, parece describirlo con mayor exactitud. No trato de discutir aquí si los hombres rurales sufren o no (algo que me parece fuera de toda duda), o si lo hacen más o menos que otras personas que no encajan en ese perfil (mujeres, hombres urbanos, disidencias sexuales y de género, jornaleros migrantes...). El punto es más bien observar qué nos hace sufrir y de qué modo lo hacemos cuando nos comportamos conforme a lo que la normatividad agroindustrial y patriarcal considera que es un comportamiento masculino adecuado, que no es más que aquél que mejor obedece, refuerza, reproduce, legitima y sostiene todos esos valores, dogmas e intereses del orden establecido y, por lo tanto, el que define a los hombres en base a los parámetros que le son más útiles en cada momento.

Para ilustrar el modo que tenemos de valorar el sacrificio y el esfuerzo físico, podríamos hacer referencia al popular ejemplo de quienes se enorgullecen de ir a trabajar con 40°C de fiebre, que casi se podría considerar un clásico universal. Pero también podemos mencionar el hábito de presumir de la cantidad de horas y/o años trabajados, o de lo dura que puede llegar a ser la actividad realizada durante la jornada. La clave siempre está en exhibir lo mucho que se trabaja y, sobre todo, lo mucho que se aguanta. En cambio, la debilidad, el cansancio, la desgana o la enfermedad, son muy mal vistas en los hombres. Esto conlleva un alejamiento del placer, ya que pasarlo bien es lo más opuesto al sacrificio laborioso que nos dota de reconocimiento social, pero también nos aparta del cuidado más básico de nuestra salud, con todo el peligro que ello supone. El tradicional culto al trabajo, que ya viene de lejos, se intensifica como cultura de la explotación, con el agravante de que en el sector agrario se transforma en autoexplotación cuando uno es su propio jefe, o alcanza extremos de crueldad insoportables para quienes trabajan por cuenta ajena. Lo dramático de la cuestión es que, en cualquiera de los dos casos, lo más habitual es optar por identificarse con el patrón en lugar de con el empleado, ya que la masculinidad debe presentarse siempre como la parte ganadora.

En este sentido, hay quien menciona la imagen que tienen de él en el pueblo por trabajar pocas horas (las menos posibles, de hecho), y que esto le ha creado la “fama de dar poco golpe”. Aunque parezca contradictorio, el hecho de que alguien consiga vivir mejor trabajando menos puede llegar a provocar desconfianza e incluso rechazo y resentimiento, porque pone en evidencia

que todo ese esfuerzo y sacrificio que supuestamente nos otorga el derecho a ser valorados podría llegar a ser totalmente innecesario. Sin embargo, es el trabajo abnegado lo que inviste a la masculinidad de dignidad y respeto, justificando así que se aguante lo que sea necesario para cumplir con las exigencias que conlleva administrar una explotación agraria. Por lo tanto, cuando la viabilidad económica de la actividad depende del aumento constante de la productividad y de la adquisición de más maquinaria, más tierras, más ganado e, inevitablemente, más deudas y desvelos, podemos considerarlo una carga inasumible de la que habría que tratar de liberarse lo antes posible, o por el contrario, podemos pensar que poseer algo muy grande es la mejor forma de probar nuestra valía masculina. De este modo, el comportamiento normativo de la masculinidad patriarcal se hace funcional a los intereses de la agroindustria, ya que logra establecer la idea de que deberíamos avergonzarnos si no somos capaces de cumplir con los requisitos productivistas que nos impone. Según comenta uno de los conversadores, es absurdo, pero esto hace que algunos hombres se depriman cuando ven que su pareja gana más dinero que ellos. Aunque en realidad poco importa si verdaderamente cumplimos con el estándar, siempre que estemos dispuestos a simular que lo hacemos y a ocultar cualquier evidencia de lo contrario, ya que las actitudes que se enfrentan a la norma, demostrando que no se desea o no se necesita nada de lo que ofrece, son siempre señaladas y penalizadas desde el resentimiento por quienes no saben o no pueden evadirla.

Parece obvio que la masculinidad también demanda una vigilancia constante entre hombres, que nos midamos y comparemos permanentemente para que nadie se atreva a aflojar el ritmo. Esta es una práctica intimidatoria mediante la que el grupo ejerce presión y reta a cada uno de sus miembros a exhibir su potencia y su firmeza para ganarse el respeto. Pero poco importa lo grande que sea nuestro tractor, o lo numeroso que sea nuestro ganado, o lo extensas que sean nuestras tierras, porque para la agroindustria nada es suficiente. La carrera competitiva por ser el primero no da tregua cuando la amenaza de que aparezca alguien más grande que nos coma es permanente. Alguien que producirá más, más barato y más rápido que nosotros, aunque sea en la otra punta de este mundo globalizado. Como es bien sabido, esto tiene unas consecuencias socioambientales nefastas, porque implica esquilmar la tierra y a todos los seres que la habitamos hasta la extenuación, pero también revela que la experiencia masculina agroindustrial sólo puede conducirnos a la frustración y a la impotencia.

Desde mi punto de vista, no es posible entender la masculinidad de este modo tan dependiente de la productividad sin sentir una profunda y persis-

tente angustia vital. Esa apariencia autosuficiente y todopoderosa, oculta, inevitablemente, una experiencia sumamente perturbadora, porque propone un ideal inalcanzable que nos atrapa en un bucle sin fin y, en lugar de apoyo, solo nos ofrece las amenazas de la dominación, el control y el sometimiento. La masculinidad se desarrolla siempre en esta disyuntiva de dominar para no ser dominado, controlar para no ser controlado y someter para no ser sometido, por lo que la posibilidad de ser marcados con el estigma del fracaso sólo puede convertirnos en seres obsesivos, atezados por el miedo y con la necesidad apremiante de huir de una sensación de derrota que nos persigue a todas partes. Este miedo al fracaso es poderoso, porque también es un miedo a la pobreza, a quedar desvalido, a caer en desgracia. Lo paradójico de la masculinidad patriarcal es que en su interior esconde todo lo contrario de lo que pretende ostentar, por lo que cuanto más frustración sentimos, más necesario nos parece redoblar la exhibición de una potencia de la que carecemos. En definitiva, esta es una prisión minúscula e invisible que hace de los hombres sus propios carceleros, y en ese ser presos y carceleros a un tiempo sólo podemos acabar aborreciendo toda expresión de libertad ajena, porque nos recuerda dolorosamente que, tal vez, lo único que nos retiene en este cautiverio tan ingrato, no es más que nuestro propio miedo. Sin embargo, como el temor no es un atributo masculino, tampoco puede ser reconocido abiertamente, lo que conlleva el riesgo de desarrollar una intensa e irracional aversión a la libertad, que si es auténtica y espontánea, acabará por resultar irritante a quienes pasan la vida midiendo todos y cada uno de sus gestos.

Si disfrutar no es masculino, ver a alguien disfrutando de su libertad puede llegar a percibirse incluso como una ofensa. Claro que no es lo mismo entender la libertad como el derecho a hacer lo que nos da la gana, que entenderla como un ejercicio de elección responsable. En el primer caso aspiramos a concedernos los gustos y los caprichos que más nos convengan en cada momento, sin tener en cuenta sus consecuencias para nosotros mismos o para quienes nos rodean. En el segundo caso, nos hacemos cargo de nuestros deseos y de nuestras posibilidades, tomando las riendas de nuestra propia vida y asumiendo todos los errores y equivocaciones en los que podamos incurrir cada vez que tomamos una decisión. Sólo que fallar o equivocarse tampoco es masculino y rendirse a la obediencia estricta de la normatividad parece muchísimo más cómodo.

Para que aceptemos esta forma de esclavitud que supone renunciar voluntariamente (casi se podría decir que de manera entusiasta) a nuestra autonomía, la masculinidad patriarcal nos promete otro tipo de libertad, en realidad un sucedáneo basado en los privilegios. Aunque nunca garantiza que

podamos acceder a ellos de forma permanente, a fin de que mantengamos una actitud proactiva que demuestre que realmente los merecemos. Esto no es más que una forma arbitraria de coacción y abuso interiorizada, ya que no contamos con una autoridad oficial y reconocida, ni con un ordenamiento jurídico que determine quién está cumpliendo cabalmente con las leyes de la masculinidad y, por lo tanto, requiere que nosotros mismos asumamos la tarea de conceder el derecho a hacer uso de los privilegios a quien acredite merecerlos y de castigar todas aquellas infracciones que puedan ser detectadas retirándole ese mismo derecho. Es decir, que mediante la lógica premio-castigo, la masculinidad nos educa y nos disciplina en un autoritarismo arbitrario, incitándonos a adoptar unas actitudes policiales que propician un clima de sospecha hipervigilante y de paranoia persecutoria entre y contra nosotros mismos.

La agroindustria patriarcal nos da motivos más que sobrados para el sufrimiento, sobretudo porque hace de la masculinidad una gran ejercicio de simulación y, en consecuencia, supone vivir también con el miedo a que se descubra el fraude que encubre este simulacro. Sin embargo, desde mi punto de vista, el particular modo de sufrimiento masculino no debe ser medido en comparación con los demás sufrimientos del mundo, sino que debe ser entendido como un mismo sufrimiento que se expande, desde la masculinidad, hacia todo el sistema ecosocial en el que habitamos. Ya que no sólo afecta a las mujeres, sino también a la tierra y a todas aquellas personas que, por unas u otras razones, quedan excluidas en nuestra sociedad y, por lo tanto, pueden ser despojadas impunemente de todos sus derechos. La condición masculina permite transmitir todo ese sufrimiento descargándolo sobre otras personas, aunque esto no ayude a disminuir el propio, por lo que apenas nos concede el poder de multiplicar el dolor en el mundo. Pero para ser un poder verdadero debería incluir, también, la capacidad de elegir hacer todo lo contrario, porque si no tan sólo sería una simple obligación a la que nadie podría negarse. Realmente, la masculinidad promete más poder del que ofrece, ya que este poder no es más que una ficción que sólo se hace efectiva en la medida en que nos la creemos.

Como decía un conversador, administrar una explotación agraria supone lidiar con múltiples factores que causan agobio: la venta a pérdidas y la consecuente dependencia de la PAC, el aumento imprevisible de los precios de los insumos y de las letras, la gestión de los trámites burocráticos... Cuando no llegas produces más, porque no hay otra opción y porque ni siquiera cuentas con el tiempo para preguntarte si esta es la forma de vida que te hace feliz. Efectivamente, la vida rural no tiene porque ser más pausada o menos estresante

que en la ciudad, sobre todo para quien trabaja en la agroindustria. Pero lo que me resulta más revelador de la aportación del compañero, es que nos advierte de que ninguno de estos factores puede ser controlado porque no dependen de uno mismo, lo que hace que no sirva de nada desesperarse por ello. Sin embargo, el control es otra de las capacidades que le suponemos a la masculinidad, por lo que cuando no puede ser demostrado solo puede ser fingido. Reconocer públicamente todo lo que no se controla es un acto vetado a la masculinidad por su potencial subversivo y antipatriarcal, así que lo único que se concibe es aguantar, romperse los cuernos para ser siempre el mejor, el que puede con todo y el que mantiene el control... o al menos, aparentarlo.

La agroindustria nos obliga a renunciar a toda posibilidad de control sobre numerosos factores que son cruciales para la supervivencia de las explotaciones agrarias, mientras que a la masculinidad se le presume un gobierno absoluto de sus dominios que no puede verse perturbado por ninguna circunstancia ajena a su voluntad. En suma, la conjunción del patriarcado agroindustrial supone una trampa psicológica perversa que sólo puede dar lugar a una masculinidad subyugada, lo que hace que la frustración sea una de las palabras que más se repite en nuestras conversaciones. ¿Pero cómo puede ser esto posible cuando la masculinidad se encuentra en la cúspide de la pirámide jerárquica creada por el patriarcado? No olvidemos que todo esto es una gran farsa, un engaño para aparentar justo lo contrario de lo que en realidad sucede. A la cima siempre llegan los menos a costa de encaramarse sobre el resto. Mientras aspiramos a seguir sus pasos, aguantamos cualquier pisoteo confiando en que algún día llegará nuestro momento para desplazar a los de arriba y acabar ocupando su lugar. Porque el vértice es tan estrecho que en él sólo caben los mejores y resulta extremadamente difícil permanecer en ese lugar durante mucho tiempo.

Por otro lado, esta forma empresarial de concebir el éxito ni siquiera es accesible para todos aquellos ganaderos y agricultores que, por mucho que se esfuercen en seguir la vía de la tecnificación e industrialización de sus explotaciones, nunca dejarán de estar sujetos a la tierra y sus vicisitudes de uno u otro modo. Además, en los sistemas agroalimentarios industriales y globalizados, la producción agraria es justo el eslabón más débil y vulnerable de la cadena, el menos protegido, el más prescindible para el proyecto de acumulación por desposesión en el que se encuentra sumida. Contra toda lógica, ya que sin ese primer eslabón nada de lo demás sería posible y toda la megaestructura de la industria alimentaria se vendría abajo inmediatamente. La cima, por lo tanto, no se encuentra nunca ocupada por hombres que trabajen en el sector primario, sino por grandes corporaciones transnacionales

y fondos de inversión sin rostro que se adueñan de los recursos más vitales y acaparan todo el valor producido con el sacrificio y el sudor de quienes cultivan la tierra y crían el ganado diariamente. La masculinidad agraria, aún siendo agroindustrial, es una masculinidad subalterna, de segundo orden. Por este motivo, aún cuando el empresario agrario alcance a obtener unos beneficios considerables, estos no serán más que las migajas que se desprenden de todo ese descomunal complejo empresarial y financiero que parasita su explotación. A su modo, el empresario agrario tampoco puede evitar encontrarse con los techos de cristal y los suelos pegajosos a los que hace referencia la terminología feminista. Pero cuando la ley del más fuerte es la que rige nuestras relaciones, no cabe el derecho a protestar por los abusos de poder, por lo que solo queda participar, en la medida de nuestras posibilidades, haciendo lo mismo que nos hacen. Así, el beneficio económico de la empresa agraria debemos obtenerlo del mismo modo. Es decir, apropiándonos de todo el valor que pueda generarse en el ámbito de nuestros dominios, lo que incluye los servicios ecosistémicos de la naturaleza, la explotación despiadada de la mano de obra de la que se pueda disponer (por lo general, personas migrantes en situación de extrema vulnerabilidad), el trabajo reproductivo habitualmente realizado por las mujeres y todo aquello que encontremos a nuestro alcance.

En este contexto de sacrificio masivo, solo es posible tolerar el abuso que se padece de una forma tan continuada si se adopta una actitud de absoluta resignación. Esto nos brinda la legitimidad necesaria para hacérselo padecer a cualquier otra persona, pero al integrarnos en esa cadena y hacernos partícipes de su derecho al abuso, la agroindustria consigue reclutarnos así como cómplices que contribuyen a su propia legitimación. Nuestra resignación evoluciona de este modo hacia el cinismo, lo que cierra firme y definitivamente el ciclo de la violencia patriarcal, ya que aquél que no encuentre el modo de ejercer su propia cuota de violencia, deberá absorberla enteramente mediante la autoexplotación o sucumbir definitivamente y quedar excluido del juego. Es decir: fracasar, convertirse en un perdedor. Atarse a la tierra es de pobres, por lo que el único modo de ascender en la jerarquía es poseerla y dominarla, hacer de ella un recurso del que obtener el tan ansiado lucro económico.

Teniendo en cuenta todo esto, no es de extrañar que la frustración aparezca tantas veces reflejada en nuestras conversaciones. O que también se mencionen, aunque de manera mucho más limitada, la depresión y el suicidio, pese a que estos términos arrastran una carga emocional tan pesada que, por lo general, acostumbran a ser evitados, invisibilizando así todo un cúmulo de experiencias cotidianas con gran impacto en la calidad de vida de las per-

sonas. Cuando todos nuestros derechos se reducen a aguantar y a abusar, o lo que es aún peor, a aguantar abusando, nuestra sensibilidad puede acabar gravemente lastimada. El único modo de soportar estas condiciones de vida es endurecerse y anestesiar los sentidos para evitar que disminuya nuestra capacidad productiva, ya que esta debe ser priorizada sobre el mismo bienestar de las personas.

Mientras la sombra del fracaso oscurece los cielos de la masculinidad rural como pájaro de mal agüero y a la sensibilidad humana le cuesta encontrar cobijo, acudir al bar es la única actividad no productiva que parece ayudar a soportar un poco mejor tanta presión sostenida. Como consecuencia de la división sexual del trabajo, en el rural también se produce una división por género de los espacios de socialización. Esta segregación espacial se manifiesta nítidamente en nuestras conversaciones cada vez que describimos el bar como epicentro de las relaciones masculinas. El bar se distingue como el lugar más propicio para descargar todas las tensiones acumuladas durante la jornada, desahogarse y relajarse junto a los iguales. Pero también como el espacio en el que se practica la vigilancia del grupo, se activan los centinelas que cuestionan y ponen a prueba la masculinidad de los vecinos, se presentan en sociedad los logros y se presumen los éxitos. No se trata precisamente de un refugio en el que buscar apoyo emocional, comprensión y afecto, sino más bien de un escenario dispuesto para impresionar a la audiencia y demostrar que no se necesita nada de eso. Aquí es donde se refuerzan los valores de la masculinidad patriarcal, donde se compite y donde se disputan las posiciones en la jerarquía, donde se aspira a obtener o a ratificar la validación del grupo. Ingresar al bar también nos da una cierta licencia para emitir opiniones que podrían causar escándalo en otros contextos, lo que es como recuperar la libertad perdida en recompensa por el tiempo entregado a los rigores del trabajo productivo. Esta sensación liberadora se acrecienta gracias al consumo de alcohol, que favorece el comportamiento desinhibido y la desmesura expresiva, acentuando todo aquello que las convenciones sociales obligan a reprimir habitualmente.

En el bar se bebe, pero entre trago y trago también se comparte y actualiza la información, se rememoran anécdotas y acontecimientos, se invita a los amigos, se negocian acuerdos, se emiten juicios de valor, se critica a los ausentes, se juega, se pasa el tiempo, se discute acaloradamente, se arregla el mundo, se pronuncian las quejas contra los gobiernos y se evidencian las fricciones, conflictos y polémicas de cada momento. En el bar se vierte todo el caos del universo, a bocajarro, sin teorizarlo con explicaciones sofisticadas. Como dice un compañero, la visión de la sociedad que se tiene en el pueblo

se expresa de forma más viva y explícita, sin disimulos. El bar es una especie de cajón de sastre en el que liberar las pasiones, una válvula de escape contenida, encapsulada, limitada en el espacio y en el tiempo para evitar que se desborde o explote.

Si el tiempo productivo está asociado al aguante, al sacrificio y a la frustración, el tiempo de descanso está asociado al desahogo. Entre estos dos extremos transcurre la vida, porque sin esa descarga periódica la tensión acumulada causaría estragos. La visita al bar no tiene un sentido terapéutico ni transformador, porque apenas consiste en realizar un vaciamiento de urgencia que permita volver a la rutina para seguir aguantando. Son dos tiempos y dos espacios indisociables. En la explotación agroindustrial, la masculinidad invita a adoptar la actitud del héroe que enfrenta el riesgo en solitario. En el bar se trata más bien de lucir las cicatrices tras la batalla y compararlas con las del resto, por lo que no es de extrañar que los conversadores lo describan como un lugar hostil para las mujeres y para todo aquél que no responda al prototipo de la masculinidad patriarcal.

Hay quien directamente trata de evitar estos espacios, o busca ir acompañado, para ahorrarse ciertos gestos, comentarios provocativos y miradas de desprecio. La atmósfera que describe es agresiva y de rechazo al diferente, capaz de incitar al enfrentamiento. Lo que indica que nos referimos a un territorio custodiado ferozmente por la masculinidad, porque no puede prescindir de él. La forma más habitual de proteger este feudo es desafiar a quien se acerque para que solo se quede quien pueda soportarlo. Para ser aceptado en los espacios masculinos hay que ganarse el respeto, ya que no se contempla el derecho de las personas a ser respetadas por defecto, hay que hacer méritos para conquistarlo. Y el mejor modo de hacerlo es resistiendo y participando activamente de este juego en el que, como dicen los compañeros, se impone la fuerza bruta y la impulsividad, y el que lleva la voz cantante es el que más grita o el que dice las mayores barbaridades (aunque sepa que lo son). Para pertenecer al grupo hay que adaptarse y acatar sus normas como un dogma, porque no cabe el debate, ni mucho menos la disidencia, que se castiga con la expulsión. Eso, en un pueblo, supone tener que vivir en el ostracismo y el aislamiento social, por lo que oponerse a la inercia del grupo o romper con las dinámicas establecidas se paga caro.

Como señalan dos de los conversadores, más allá de la masculinidad, el hecho es que vivimos en un tiempo en que se premia la prepotencia y el diálogo social tiende a polarizarse, alimentando las posturas dogmáticas y la intransigencia. Como apunta otro, cada vez hay más gente que no se calla: mujeres,

maricones, trans, personas racializadas... , por lo que ya no se puede seguir imponiendo la norma patriarcal gratuitamente, ni se acepta del mismo modo que alguien pueda arrasar con todo para salirse con la suya. En este punto, considero que la masculinidad está quedando acorralada entre dos fuerzas que ejercen presión sobre ella: el orden patriarcal y los movimientos sociales emancipadores. El resultado de esta gran disputa histórica lo veremos con el tiempo, pero por el momento supone un atrincheramiento regresivo hacia lo que se consideran los valores tradicionales de la masculinidad, en oposición y rechazo a todo lo que represente la posibilidad de un cambio de paradigma.

Algunos conversadores consideran que, en el rural, tanto el feminismo como el ecologismo están siendo percibidos como una amenaza y son recibidos como imposiciones que llegan desde fuera a decirnos lo que tenemos que hacer. Desde luego, no se me ocurre otra cosa que pueda provocar una reacción masculina más virulenta. Lo que no quiere decir que criticar a la masculinidad sea una idea equivocada, sino que esta es su respuesta más previsible. Por otro lado, los discursos que señalan al hombre blanco y heterosexual como el máximo exponente del patriarcado tienden a producir un sentimiento de culpabilidad que puede resultar problemático para quienes cumplimos ese perfil, ya que la realidad que vivimos algunos está muy alejada del estereotipo de hombre patriarcal, todopoderoso y abusivo que ha sido colmado de privilegios por ser blanco y heterosexual. Como comentaba un compañero, parece que merezcamos morir, porque lo nuestro no tiene solución. Lo que sería como inmolarse, un típico gesto de sacrificio que nos deja de nuevo en ese punto muerto de la masculinidad acorralada, a la que necesitamos atraer hacia una salida digna y convincente.

La ventaja y la desventaja de los pueblos es que aquí la convivencia no es opcional. Tal y como apuntan los compañeros, en las grandes ciudades se pueden crear guetos de afinidad y elegir el tipo de personas con las que deseamos convivir en cada momento, mientras que en el rural hay que encontrar el modo de encajar en una diversidad no elegida. Esto puede dar lugar a una mayor flexibilidad y aceptación de la diferencia, pero también tiene sus límites y, dependiendo del caso, puede hacer extremadamente difícil encontrar acomodo. Así sea por seguir la corriente, por evitar problemas con quienes hay que tratar todos los días, por necesidad de pertenencia, o por puro convencimiento, contravenir la norma patriarcal del grupo continúa suponiendo un esfuerzo excesivo para la mayoría. Entonces, no tenemos más remedio que servirnos de los mismos recursos y herramientas que la masculinidad nos ha ofrecido siempre para lidiar con la angustia existencial, por muy pobres que sean.

Varios compañeros hacen referencia a la nula capacidad de gestión emocional de la que nos dota la educación masculina. Cuando la pedagogía aplicada consiste en aprender a endurecerse, nuestra dimensión sensible queda desatendida hasta el punto de representar un estorbo, una interferencia en los asuntos realmente importantes de la vida que debe ser suprimida. Sin embargo, el cuerpo siente. Pero si la mente es incapaz de reconocerlo y el corazón es incapaz de conmoverse, nos disociamos de esta parte vital de nuestra experiencia humana y entramos en conflicto con ella. No se pueden suprimir las emociones. Se pueden reprimir, pero no desaparecen. A pesar de todo, la norma masculina no recomienda interesarse por las emociones que sentimos, sino dejar de sentir las. Así que deberíamos considerar su propuesta como una estrategia negacionista. Lo curioso de las emociones es que al desconocerlas se convierten en una intromisión insolente, pero cuanto más tratamos de sepultarlas, más se enquistan y se inflaman, ya que necesitan siempre ser expresadas. Lo que hace que la estrategia negacionista suponga un peligro, porque al retener indefinidamente las emociones genera las condiciones idóneas para que terminen desbordándonos. Así, el ansia por mantener un control férreo sobre nuestros sentimientos logra que se apoderen de nuestro comportamiento, embriagándonos hasta el punto de no ser capaces de dominar nuestros impulsos.

En resumen, la masculinidad hace que los hombres rurales vivamos una experiencia trágica y solitaria, aprendiendo a insensibilizarnos ante el sufrimiento propio y el ajeno de un modo traumático, razón por la que la vida cotidiana en los pueblos acaba siendo impregnada por la violencia en todas las relaciones que componen su socioecosistema. Cuando una buena parte de la población está condenada a acumular una carga insoportable mientras permanece ajena a sus propias emociones se convierte en un auténtico peligro social, vive siempre al límite y está totalmente incapacitada para disfrutar de la vida. Esto genera dos tendencias de muerte: la depresiva, que en los casos más extremos puede llevar al suicidio; y la agresiva, que en último término conduce al asesinato.

Urge una masculinidad conectada con la vida, que nos enseñe a disfrutar y a hacer disfrutar.

CUIDADOS, SENSIBILIDAD Y AFECTO: DISFRUTAR ES MASCULINO

Otra masculinidad es posible. Porque si no, deberíamos dejar de reconocernos en lo que esta palabra nombra y negarnos a que nos defina. Si no es posible otra masculinidad, sólo nos queda desertar y abandonarla a su suerte, para que se desvanezca en la nada. Lo resumía, tajante, un compañero: se trata simplemente de no ser un capullo. Se trata de aprender a gestionar el enfado en lugar de volcarlo sobre quien menos responsabilidad tiene, o en lugar de solucionar las cosas a hostias, como apuntaba otro. A priori parece sencillo, pero supone responsabilizarnos de lo que hacemos y de cómo lo hacemos, lo que significa liberarnos de todas esas fuerzas externas que nos dominan y comprometernos con ser nosotros mismos, cuidando del bienestar de quienes nos rodean y procurando ser una buena compañía (añado yo posteriormente, al pensar en todo lo que esto significa). El problema es que cuando los cuidados son aborrecidos por la masculinidad, se convierten en una obligación y un castigo para la feminidad, y así pierden toda su sensualidad y encanto. Se hace necesaria, entonces, una apología de los cuidados.

Si la masculinidad aprueba que los hombres cuidemos de máquinas, plantas o animales es porque podemos tratarlos como objetos de nuestra propiedad, en lugar de como organismos sensibles. Por lo tanto, lo que no aprueba la masculinidad concebida por la agroindustria patriarcal es que podamos contagiarnos de la sensibilidad de otros seres vivos al relacionarnos con ellos. Pero es precisamente la necesidad de cuidar y ser cuidados la que nos permite acceder al intenso e inmenso placer que proporcionan los vínculos afectivos.

Cuidar produce abundancia al reproducir la vida, aunque exige abrirse al dolor que causa la inevitable muerte y estremecerse con la enfermedad y con la herida. Por lo que requiere también disciplina y constancia en el compromiso, así como fortaleza de espíritu, virtudes exigentes que dignifican a quienes las practican.

Cuidar es atender las necesidades de los demás sabiendo que nuestro bienestar depende del suyo, que el suyo depende del nuestro y que no hay prosperidad posible para los individuos aislados. Reconocer nuestra necesidad, así, en la vulnerabilidad de otros seres vivos que nos necesitan.

Cuidar permite vivir en paz con uno mismo y confiar en que ya nadie enfrentará en soledad las dificultades y los peligros.

Cuidar nos da derecho a flaquear y a que otras manos nos sostengan.

Cuidar nos proporciona salud y tranquilidad, cuando es constante, recíproco y distribuido.

Cuidar nos conecta con la trama de la vida y con todos los cuidados de los antepasados que hicieron posible nuestra existencia.

Los cuidados conforman redes poderosas, en las que toda participación es necesaria pero ninguna es imprescindible. Cuidar no sirve para obtener el premio del reconocimiento social, ni para obtener el poder de someter a nadie. La lógica del cuidado es otra, ya que consiste en contribuir a un poder compartido, del que no se puede abusar porque no puede ser acaparado por un sólo individuo. El poder de los cuidados es democrático por naturaleza, huye de la tiranía del ego para abrazar el nosotros.

No es casual que los conversadores hablen de colaboración, horizontalidad y cooperativismo; de romper el aislamiento, de juntarse; de hablar en voz alta para decir otras cosas; de saber decir y saber escuchar. El nosotros se cultiva cuando los individuos nos abrimos a un diálogo permanente, y abrirse es arriesgado por muchos motivos, pero la ausencia de vínculos afectivos significativos en nuestras vidas supone una gran pobreza que acaba pesando demasiado sobre nuestros espíritus. Tener la habilidad y la posibilidad de comunicar nuestros pesares cuando nos encontramos en dificultades, o cuando las cosas no funcionan como esperábamos, puede suponer una enorme diferencia. La que hay entre dirigirnos hacia la catástrofe o hacia la dicha, independientemente de lo que pase. Tener la posibilidad y la habilidad de saber comunicar nuestro agradecimiento también es imprescindible para aportar calidad y calidez a nuestras relaciones. Algunos lo sabemos, o al menos lo intuimos, porque hemos vivido esa experiencia, o algo cercano a ella, en algún momento, y nos gustaría poder explicárselo a otras personas. Demostrarles que es cierto, que se pueden hacer las cosas de otra manera, que funciona. Que se puede estar bien sin estar por encima de nadie y que estar por debajo no es la única alternativa posible. Todo esto me dicen y me hacen decir los conversadores compañeros.

En realidad necesitamos que otros lo sepan, porque el trabajo personal es necesario para el cambio, pero esto no es algo que se pueda ejercitar en soledad indefinidamente. Más tarde o más temprano demanda involucrar la sensibilidad de otros cuerpos, porque la naturaleza de los cuidados es expansiva, solo que acostumbramos a dejarles demasiado poco espacio para

que se desarrollen y nos contagien, y así quedan estancados y entumecidos. Está claro que nos queda mucho por aprender y transitar en estas veredas, pero juntarse para hablar de ello puede ser el primer paso de una pauta de comportamiento cualitativamente diferente. Como apuntan otros compañeros, en la ruralidad es importante hacer cosas juntos para practicar la coherencia entre lo que hacemos y lo que decimos, y para poder ver, más allá de la teoría, cómo, con quién y hasta dónde nos entendemos. Todo es trabajo, pero al mismo tiempo puede ser disfrute -en lugar de sacrificio abnegado y pesados-, cuando se hace en común y encontramos el modo de renunciar a la competitividad, de abandonarnos al flujo de la colaboración, de confiar en el grupo y descansar en las capacidades aumentadas que nos ofrece. Porque no es lo mismo cavar una zanja solo que hacerlo en compañía, y eso lo sabe cualquiera por muy obtuso que sea, sobre todo en el mundo agrario. Pero tampoco es lo mismo que el trabajo en compañía se realice en condiciones de abuso y desigualdad, que si lo llevamos a cabo procurando el respeto y el cuidado de todas las partes implicadas. Juntarse es reunir necesidades diversas que deben encontrar su lugar sin imponerse unas sobre otras.

Al final no es más que ser personas. Personas libres, concretamente, y generosas como solo las personas libres pueden serlo. Es sustituir el derecho a someter y a multiplicar el dolor en el mundo por el derecho a emanciparse de la esclavitud y el miedo. Porque solo un horizonte liberador puede animarnos a confrontar la norma violenta del patriarcado. Lo que es un trabajo político, es decir, que en común debe de hacerse y no cada quien por su lado. Como señalaba un compañero, necesitamos que este trabajo transforme nuestra forma de organizarnos, que sea capaz de permear los colectivos en los que participamos. Obviamente no es un trabajo fácil, porque no basta con un simple gesto de superioridad arrogante para obtener beneficios inmediatos y presumir de resultados. Es un tipo de labor que hace necesario adquirir la discreción, la constancia y la paciencia de quienes no son nombrados en los relatos épicos y heroicos, de los perdedores de la historia, de las comunidades campesinas, por ejemplo. Porque tal vez en el fracaso de no poder cumplir con las expectativas de la masculinidad podemos encontrar un inmenso potencial subversivo y transformador. De hecho, tal vez podemos incluso reivindicar el fracaso como una renuncia voluntaria al deseo, impuesto, de querer ser validados por un patriarcado que nos desprecia profundamente. Se trata de tener derecho a estar bien, en lugar de tener la obligación de fingirlo. Se trata de cultivar algo que deseas comer, como dice un compañero, y que deseas que sirva para alimentar a personas inteligentes, que saben apreciar tu trabajo, añade otro de los conversadores. Lo que debemos entender en su sentido más literal, pero también en el figurado. Porque alimentar es un

modo de cuidar a las personas mientras cuidamos todo lo que nos ayuda a obtener los frutos de la tierra. Y cuidar, a su vez, es alimentar las relaciones del socioecosistema para que mantengan su vigor y no decaigan, enfermen o mueran. Las dos cosas, cuidar y alimentar, son formas de descubrir la belleza que puede haber en nuestro propio modo de mirar el mundo y no en lo que somos capaces de arrebatarsele contra su voluntad y por la fuerza. Se trata de vivir vidas saludables, que merezcan la pena ser vividas, lo que no puede ser a costa de arruinar otras vidas, sino más bien al contrario, contando con el apoyo, la aprobación y el acuerdo de todas ellas. Se trata de reivindicar el derecho a cuidar alimentando.

Pero es muy fácil decirlo (o escribirlo!). Lo difícil es incorporarlo, sostenerlo con el cuerpo, encarnarlo. Por eso cuidar es cansado, porque es un trabajo muy físico. Pero es en ese cansancio donde se juegan las emociones y los afectos, donde los discursos teóricos toman tierra y se ponen a prueba nuestras verdaderas capacidades, donde se aprende y se fracasa, donde se comprueba cuál es el verdadero alcance de nuestras buenas intenciones. En definitiva, es en el cansancio donde las palabras bonitas de la propaganda más sofisticada demuestran que no sirven para nada. Porque los cuerpos se cansan, nos limitan, funcionan con unos tiempos más largos y pausados de lo que nos gustaría, alternando periodos de actividad y reposo, si se lo permitimos. Cultivar la sensibilidad es entonces como cultivar la tierra, algo que no puede ser forzado, ni acelerado, ni medido, ni contabilizado, ni mucho menos controlado. Es un hermoso arte colaborativo que requiere entrega, en el que no podemos anticipar con precisión los resultados, por lo que debemos aprender a dialogar con otros cuerpos libres y sus particularidades, desde la generosidad y la confianza, sin exigencias absurdas y egoístas que no puedan ser satisfechas.

Por eso hay que ser muy realistas, para no caer de nuevo en la frustración que asociamos anteriormente a la ficción masculina. Se trata de hacer todo lo contrario, reconocer la realidad limitada de nuestros cuerpos y celebrar que esto nos provoque una necesidad imperiosa de buscar el encuentro afectuoso con otros cuerpos. Porque es justo esa necesidad la que nos obliga a romper con un aislamiento que, pareciendo tan cómodo, en realidad nos condena sin clemencia a la indigencia traumática de la escasez permanente. Porque lo que nos niega la masculinidad es precisamente el acceso a los cuerpos palpitantes con los que necesitamos entrar en contacto para sentirnos vivos en nuestro propio cuerpo. Y porque este entramado de cuerpos sintientes no es algo que podamos poseer sin aniquilarlo. Al contrario, es algo delicado, a lo que debemos dar espacio, tratándolo con respeto y

agradecimiento. El problema es pensar que si no nos empeñamos en poseer todo lo que nos convenga, pasaremos a engrosar las filas de los desposeídos de la tierra. Lo que es un pensamiento verdaderamente diminuto y fatalista, porque lo verdaderamente importante y necesario no puede ser nunca poseído por nadie.

Según como yo lo veo, lo que necesitamos no son hombres feministas. Lo que necesitamos son hombres que deseen ser libres y que estén dispuestos a practicar el arte de los cuidados en un diálogo constructivo con los feminismos. Hombres practicantes con los que avanzar en ese camino desde la experiencia masculina colectiva, para perderle el miedo a los tropiezos. Porque se hace fácil señalar los machismos de otros, unirse a la ola feminista, ser más papistas que el papa y volver a simular (una vez más), que somos superiores y ejemplares, que dominamos los preceptos de la norma, que somos perfectos, para así poder autoexculparnos y sentirnos a salvo. Pero tampoco sirve de nada abrumarse con la crítica acusatoria feminista, culpabilizarnos y autoflagelarnos como si fuéramos un caso perdido. Lo que necesitamos es encontrar una motivación poderosamente persuasiva para actuar, en lugar de permanecer desorientados rumiando nuestro desasosiego.

No es posible incorporar los cuidados, integrarlos en nuestro cuerpo, obediendo dogmas y normativas ciegamente. Ni tampoco siguiendo fórmulas, recetas e instrucciones que determinen el modo correcto de hacer las cosas. Los cuidados no son una ideología en la que militar, aunque sean profundamente políticos. Tampoco son una tarea específica y delimitada. Son, en todo caso, una filosofía creativa, una forma de estar en el mundo, de sentirnos bien formando parte del todo, de poner amor en lo que hacemos, sea lo que sea, porque siempre que actuamos lo hacemos en relación con otros. Los cuidados son algo que sólo se puede descubrir haciendo, aunque nunca hallaremos garantías de que lo que vayamos a hacer sea lo correcto. Son un ejercicio que puede ayudar a liberarse de la tiranía de la perfección, de pretender saberlo todo de antemano y de hacerlo todo bien a la primera. Un ejercicio que nos invita a soltar, a dejar de creer que todo depende de nosotros, a explorar y tantear con el titubeo excitante del juego infantil, con el placer expectante del principiante curioso, que desea adentrarse en lo desconocido dispuesto a dejarse sorprender. Los cuidados son un ejercicio que nos anima a meditar detenidamente las decisiones que tomamos, a dedicarles tiempo y aceptar que, a pesar de todo, la mayor parte de las veces no serán las más acertadas. Un ejercicio que nos invita a practicar la humildad y a ser más comprensivos con el error ajeno.

Con actitud agroecológica, sembramos la semilla y después esperamos, inquietos por no saber cómo ni cuándo será la cosecha, pero confiando en que todos los elementos que intervienen autónomamente, sin estar sujetos a nuestros intereses particulares, guiarán adecuadamente ese deseo de florecimiento que depositamos en la tierra. El tiempo y la experiencia nos enseñan a favorecer el proceso hasta donde alcanzan nuestras posibilidades, prestando atención a las necesidades de todos esos elementos de los que dependemos para lograr nuestros propósitos. En el ensayo permanente descubrimos, poco a poco, lo que conviene hacer y lo que no. De un modo intuitivo empezamos a sentir qué es lo adecuado, qué nos demanda cada situación y cada momento. Aprendemos a ser coadyuvantes y catalizadores del discurrir de un orden sistémico que es dinámico y abandonamos la idea de interrumpir constantemente los procesos, de entorpecerlos con la ansiedad de nuestras intervenciones o de consentir que las injerencias del mercado los corrompan. Lo que vale para cultivar vegetales vale para cuidar al ganado, pero también para organizar nuestras relaciones, porque en los tres casos se forman tramas caóticas y complejas de organismos vivos interactuantes, que solo pueden ser desobedientes, imprevisibles e indisciplinados. Es decir, libres.

No conviene poner demasiadas expectativas en aquello que entendemos que debería suceder de la forma que habíamos previsto. Conviene ser más flexibles y espontáneos, saber ajustar nuestras previsiones cuando comprobamos lo que sucede realmente en los hechos. No todo tiene una única relación causa-efecto que pueda ser comprobada de una forma tan evidente. Más bien casi nada lo tiene, sobre todo en el campo de las emociones y de los afectos, donde las relaciones multicausales son verdaderamente intrincadas. Pero sería emocionante descubrir algo de complejidad en la masculinidad, para que deje de parecernos tan plana, uniforme y aplastantemente categórica. Para que adquiera volumen, aroma, densidad y sustancia, como lo hace un buen guiso cocinado a fuego lento.

No se puede transformar la masculinidad si no encontramos la forma de amarla. Por eso, si no se puede amar, pienso que solo nos queda renunciar a ella. Tal vez, en el fondo, las dos cosas son lo mismo, y esa es la razón de que provoquen un pánico incontenible entre quienes sospechan que así podría llegar a desdibujarse hasta quedar irreconocible. Pero esta aversión visceral al cambio es la que nos niega, en definitiva, el derecho a practicar los cuidados y a vivir la masculinidad de una forma dichosa, gozosa y placentera, que pueda ser disfrutada por los hombres y por todos los seres con los que convivimos al mismo tiempo. Por supuesto, para transformar la masculinidad es necesario ser conscientes de los privilegios y de los costes que conlleva,

así como de todo ese reguero de desolación tan terrible que deja a su paso. Pero también es necesario reivindicar nuestros derechos, como el de tener una vida digna, por ejemplo. Una perspectiva en clave de derechos puede activar el imprescindible motor del deseo, porque es liberadora en lugar de castigadora, y porque de castigos ya anda el mundo bastante lleno. Si no encontramos una vía de liberación para la masculinidad no será posible encontrarla para nadie, porque la masculinidad es precisamente el punto de anclaje al que más se aferra este orden patriarcal que perpetúa la cultura de la tiranía violenta.

No podemos hacer más que seguir las pistas que nos proporciona nuestra propia experiencia, pero para eso tenemos que descubrir primero cuál es esa experiencia y ponerla en común, identificar lo que nos ayuda, encontrar nuestras propias palabras para expresarlo, reconocer nuestro universo emocional y familiarizarnos con él, dotándolo de un lenguaje comprensible para hacerlo emerger, para infundirle vida y para escuchar lo que nos tenga que decir. Como planteaba uno de los conversadores, es necesario salir de las sombras, dejar de escondernos y visibilizar este trabajo. Necesitamos comprobar que hay más gente en otros lugares que piensa y actúa de un modo similar para saber que no estamos solos, ni equivocados, y que lo que hacemos tiene sentido porque es útil, valioso y necesario, o incluso hermoso. Sin un mínimo de autoestima y validación, sin compañías amables, cuidadoras, sensibles y afectuosas, no podremos deslizarnos jamás hacia la flexibilidad sensual del disfrute y la masculinidad permanecerá, como siempre, sujeta por la rigidez del sacrificio y del sufrimiento.

Aún nos queda tanto por hacer...¿no es emocionante?



Fundación **entretantos**

participación sociedad territorio redes